

Films de Amor

¿CHICO O CHICA?

NUM.
324



Carmen Bont
Armand Bernard

25
CTS

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234. Apstado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería-Barbata, 14 y 16-Barcelona

VOL. VII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 124

¿CHICO O CHICA?

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por

CARMEN BONI

Narración de HARRY BALTMORE

EXCLUSIVAS

F. TRIAN

Valencia, 234

Barcelona

INTERPRETES:

Claude	CARMEN BONI
Gray	Armand Bernard
Duque de Bressy	Andre Dubosc

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

El insistente tintinear del teléfono hizo acudir a un criado al aparato y al poco tiempo se volvió hacia su amo, llamándolo repetidamente, mientras éste dormitaba tranquilamente:

— Señor, señor... Le llaman al teléfono.

El señor Gray, secretario del viejo duque de Bressy, dió un salto medio asustado por los gritos del criado y se encará con él diciéndole:

— Imbécil!... ¿Por qué gritas?... Me has despertado.

El señor Gray era un hombre de unos cincuenta años. Hacía mucho tiempo que estaba al servicio del duque y tan compenetrados estaban el uno en el otro, que difícilmente hubiera sido posible separarlos.

El duque de Bressy era ya un setentón, un

hombre chapado a la antigua y que conservaba en toda su rigidez el protocolo de la corte en que había vivido. Sus años y la soledad en que vivía en su castillo habían hecho de él un hombre insufrible por sus rarezas, aun cuando en el fondo era un ser inofensivo, bondadoso e incapaz de hacer el menor daño a nadie.

Se enfadaba como un niño chico en cuanto le llevaban la contraria y no podía avenirse a que nadie lo considerara viejo.

En la vida del duque había un drama oculto que nadie se atrevía a mencionar. Fué éste el casamiento de su hijo, su heredero único, con una artista. La diferencia social de los dos enamorados dió lugar a que el duque arrojase de su casa a su hijo y no quisiera saber nunca más de él. Murió algunos años después el hijo del duque y éste no quiso reconocer al ser que había nacido de aquel matrimonio.

Pasaron los años, el tiempo fué amortiguando, aunque no olvidando, el recuerdo del discorde que desoyó el consejo paterno y el duque vein agotarse su existencia entre los muros de aquel señorial castillo, sin más afecto familiar que el de su secretario Gray.

Éste se acercó por fin al teléfono y se encaró con quien le estaba hablando gritándole:

— ¡Que no soy sordo!... ¡No chille usted de esa manera!

Pero al advertir que era el duque quien le

llamaba, cambió por completo su expresión y con una sonrisa excesivamente amable trató de disculpar su respuesta diciendo:

—Perdón, señor duque... Le ruego que me perdone... No creí que era usted.

Siguió escuchando al duque y al final terminó su conversación diciéndole:

—Inmediatamente iré, señor duque... Voy en seguida.

Y, en efecto, cinco minutos después se hallaba en presencia del duque que le decía irritable:

—¡Es increíble!... Cinco minutos para llegar hasta aquí... ¡Cómo se ve que se está poniendo viejo!

El secretario no quiso decirle que el que se había hecho viejo y no había quien lo aguantase en sus achaques era él y se calló, para que el duque siguiera diciéndole:

—¿Ha sido usted quien ha hecho venir al doctor?

—¿Yo?— preguntó alarmado el secretario.

—No, señor duque.

—Creí que había sido usted, porque entonces le iba a decir que estoy más fuerte que usted mismo y que el doctor. ¿Yo no me cambio por nadie?

Desde luego, señor duque— respondió servicialmente el secretario—. Pero, ¿me permite preguntarle para qué me ha llamado?

—Es verdad— replicó el duque—. Allí en la

mesa hay una fotografía y una carta. Démela.

El secretario recogió una fotografía que había sobre la mesa y una carta que estaba al lado y se la entregó al duque, que le dijo:

—Cuando murió mi hijo, ¿estaba usted ya a mi servicio?

—Sí, señor duque— respondió el secretario.

—Entonces ya tenía el honor de servir al señor duque.

—Sí, y de servirme mal.

—Señor duque, yo creí que...

—No se disculpe— le atajó el duque—. La culpa la he tenido yo por conservarle. Pero, hablemos de lo que interesa... ¿No le dice nada esta fotografía?

El secretario se quedó mirando a la fotografía y vio el retrato de un muchacho de unos diez y ocho años. No tenía pelo de barba y llevaba el pelo peinado hacia atrás y en abundancia. La fotografía era solamente del busto y difícilmente hubiera podido apreciarse las demás circunstancias exteriores de aquel joven. En vista de que el secretario no decía nada el duque le explicó lo que representaba aquella fotografía, diciéndole:

Es el hijo de mi hijo... ¡Mi heredero!

—Qué bien estaría aquí, a su lado, señor duque— comentó el secretario.

No le ha pedido su opinión!—le reprendió el duque haciendo enmudecer al secreta-



- Soy yo, Claude Caverley.

ría, que no se alrevió a interrumpir nuevamente. Luego, dulcificando el tono y sin dejar de mirar el retrato siguió diciendo:

—¡Cómo se parece a mi hijo! Es su mismo retrato!...

Después de un silencio de varios segundos, el duque suspiró tristemente, como poseído por el recuerdo del hijo amado y volvió de nuevo y decirle al secretario:

—Si hubiera sido una niña, en vez de un

varón, jamás me habría prescuyado de él, pero tratándose de un heredero, quiero que vaya por él y te lo traigas. Estoy deseando de abrazar a ese muchacho. Partirá hoy mismo y procure regresar cuando antes, si es que no quiere que vaya yo a buscarlo.

El secretario, más contento que unas Pascuas, salió inmediatamente del castillo para ir en busca de aquel muchacho, que tanto podía influir en un cambio en el carácter del viejo duque.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, el señor Gray, siguiendo la dirección que le había dado el duque, fué a parar a un music-hall, en el momento en que una linda jovencita de unos dieciocho años estaba ensayando.

El señor Gray se acercó al avisador del establecimiento y le dijo:

—¿Podría hablar con Claude Caverley?

—Un momento y en seguida le llevaré a su camerino. Está terminando ahora.

Segundos después, el avisador se acercó a la puerta de un cuarto y llamó a ella diciendo:

—Aquí hay un señor que quiere hablar con usted.

—¿Quién es? — preguntó desde dentro Claude Caverley, nombre que en francés tanto puede ser masculino como de mujer.

—Vengo de parte del duque de Bressy—le dijo al avisador el señor Gray.

—Dices que viene de parte del señor duque de Bressy.

—Pase, pase en seguida — volvió a decir Claude, desde dentro de su cuarto.

Inmediatamente se abrió la puerta y apareció la jovencita, que al ver al secretario del duque le hizo una reverencia al mismo tiempo que le decía:

—Caballero. Haga el favor de pasar y sentarse.

El señor Gray, algo cohibido por la presencia de la joven, entró al camerino y ella siguió diciéndole:

—Usted deseaba hablarme, ¿verdad?

—¿Yo? — preguntó sorprendido el señor Gray—. No he dicho que quisiera hablar con usted.

—No comprendo, entonces—respondió extrañada la joven—. ¿No ha dicho usted que venía de parte del duque de Bressy?

—Sí, eso he dicho.

—Pues, entonces, tenga la bondad de decirme lo que desea—insistió la muchacha.

El señor Gray se la quedó mirando y al fin se atrevió a decirle:

—Usted perdón, señorita, pero lo que tengo que decir, solamente puedo decírselo a Claude Caverley.

—Pero, si soy yo Claude Caverley.

—¿Usted?... ¿Usted es Claude Caverley? —preguntó asombrado el secretario.

—Sí, señor—volvió a decirle ella—. Claude Caverley es la señorita Claude Caverley.

—No es posible—exclamó el secretario, como si hablase consigo mismo—. La fotografía que me mostró el señor duque era un joven, de eso estoy seguro.

La joven se echó a reír y levantándose fué en busca de una fotografía igual a la que había enviado a su abuelo y le preguntó, enseñándosela:

—¿Es esta la fotografía que le ha enseñado mi abuelo?

—Esta misma—respondió el secretario.

—Pues ha habido una equivocación—exclamó soltando una alegre carcajada la muchacha.

Sin embargo, el secretario no reía de igual manera, sino que haciendo un gesto de contrariedad le dijo:

—¡Qué lástima! Es una equivocación lamentable! Siendo así, ya no tiene objeto mi viaje.

—¿Que no tiene objeto?... ¿Por qué?

—Porque el señor duque al ver la foto creyó que se trataba de un muchacho. A quien él espera es a un varón, a un heredero, pero no a una heredera.

—Comprendo—respondió sonriendo Claude—. Mi abuelo por quien se interesa es por un nieto, él cree que soy un varón y por eso le ha hecho venir a buscarme, ¿verdad que es

así? Es penoso, desde luego; pero no irremediable. Estoy seguro de que cuando él vea mañana que soy una muchacha, se conformará.

El secretario sonrió ante aquella ingenuidad de la muchacha y le dijo:

—Usted no conoce a su abuelo, señorita. Sería capaz de enviarla inmediatamente en cuanto viese que no era usted quien él se cree que es.

—¿Cree usted que me arrojaría de su castillo?—preguntó algo confusa Claude.

—Naturalmente que sí. Ya le he dicho que a quien él espera es a un heredero, a un heredero que perpetúe su nombre.

—Pero cuando menos lléveme usted a su lado, yo procuraré convencerle.

—De ninguna forma. Ni siquiera nos recibiría. Creame, es inútil insistir. Escribale usted una carta confesándole la verdad y ¿quién sabe si entonces...?

—No puede ser!—exclamó inérgicamente Claude—. Mañana iremos los dos al castillo.

Pero el secretario se encerró en su negativa y por más que suplicó ella no hubo manera de convencerlo.

Al día siguiente, cuando ya el tren que había de conducir al secretario de nuevo al castillo, vió entrar a su departamento a un joven elegantemente vestido. Sin poder salir de su asombro, al ver que se trataba de Clau-



—Escúcheme. Yo le explicaré...

do, se la quedó mirando, hasta que finalmente le preguntó extrañado:

—¡Dios mío! ¿Pero es usted?... ¿Qué es lo que piensa hacer?

Claude se echó a reír y respondió tranquilamente:

—Abrazar a mi abuelo. ¿No quiero él un muchacho? Pues tendrá un muchacho.

—¡Pero eso es una locura!—exclamó el secretario—. Lo que debe usted hacer es descen-

der en la próxima estación y volverse otra vez.

—Jamás—respondió con derisión Claude—. Yo iré al castillo y me haré pasar por un varón, tal como él quiere.

—Pues entonces será yo quien se vaya—exclamó decidido el secretario apoderándose de su maleta—. Yo no sufriré las injurias del duque.

Claude, riéndose del miedo que expresaba el pobre hombre, lo sujetó por el abrigo, para impedir que abandonara el vagón y le dijo:

—Escúcheme, hombre. Yo le explicaré mi plan.

Y ante las razones que Claude empleó, el secretario terminó por aceptar el plan que le proponía y siguió en compañía de la joven, decidido a presentársela al duque como si fuera su nieto.

Desde mucho antes de la llegada del tren, el duque esperaba intranquilo la llegada de su nieto y al fin le preguntó a uno de los criados más viejos del castillo:

—¿A qué hora llega el tren?

—A las once, señor—respondió el criado.

—¿Qué habitación has preparado a mi nieto?

—La misma que tenía su difunto padre—replicó el criado.

—¿Y está ya todo a punto?... ¿No habrás olvidado algo?

El criado oyó el silbido del tren y sin responder a la pregunta de su señor exclamó:

—Ya llega el tren, señor. Dentro de unos instantes estarán aquí.

—Entonces déjame solo, François. Antes de ver a mi nieto, que entre a verme el señor Gray, quiero hablar con él.

Como había dicho el criado, minutos después llegaban al castillo Claude, completamente vestida de hombre y el secretario. La muchacha riéndose del miedo que demostraba el pobre secretario, le dijo:

—Estoy contenta. Hasta ahora todo va bien.

—Sí, muy bien—respondió el secretario—, pero yo estoy viendo que el señor duque cuando sepa la verdad, me va a hacer rodar por el suelo de un puñetazo.

—Tan terrible es mi abuelo?—preguntó algo temerosa la muchacha.

—Con decirle a usted que a pesar del tiempo que llevo a su servicio, no lo he visto jamás sonreírse...

En aquel instante se presentó François, comunicándole al secretario que el duque quería hablar a solas con él. El pobre, con más miedo que otra cosa, se aventuró a enfrentarse con el duque, que a penas le vio le preguntó emocionado:

—¿Habéis tenido buen viaje?... ¿Cómo ha encontrado a mi nieto?

El pobre Gray, que no sabía cómo empezar para decirle al duque que su nieto no era lo que parecía en fotografía, empezó a decirle tímidamente:

—Es algo difícil de explicar, señor duque. Su nieto... no es muy exacto... Su nieto, señor duque, no es... vamos, no sé cómo decirse, pero...

El duque adquirió de pronto un aspecto duro. —¿Qué quiere decir? ¿Acaso mi nieto no es digno de...?

—¡Oh, no es eso, señor duque!—se apresuró a decirle el secretario, temiendo un ataque de cólera del duque.

—¿Acaso no es inteligente?

—Oh, lo que es por ese lado puede estar tranquilo, es, como diría yo... demasiado inteligente.

—¿No es guapo?—siguió preguntando el duque.

El secretario recordó la primera entrevista tenida con Claude, y exclamó:

—Sobre ese particular no hay ni que hablar.

El duque pareció tranquilizarse y exclamó finalmente:

—Todo lo demás no me importa. Lo importante es que sea un varón, era lo que yo deseaba y ya estoy contento. Vaya a decirle que venga a verme.

El secretario fué en busca de Claude, quien

en aquel momento escuchaba a François que le iba indicando cuanto había en la habitación y que perteneció a su padre y le dijo:

—Su abuelo espera. Quiero hablar con usted.

Claude entró a la estancia de su abuelo y en cuanto lo vio corrió a abrazarlo alegremente gritando:

—¡Abuelo!... ¡Abuelo!... ¡Mi abuelo querido! Qué feliz soy de poderos conocer y de esta acogida tan cariñosa que me habéis hecho!

Pero el duque, sin manifestar igual contento que el de Claude, llamó al secretario que había entrado detrás de Claude, y le dijo:

—Gray, deme el monóculo que he dejado en esa mesa.

El secretario se acercó a la mesa y en vez de darle el monóculo, lo ocultó, temiendo que el duque pudiera ver claramente que se trataba de una mujer y le dijo:

—No lo encuentro, señor duque.

—Bueno, pues deme el ayo... Tenemos la misma vista y me hará igual.

El duque cogió el monóculo del secretario y miró fijamente a Claude, hasta que finalmente exclamó:

—¿Como es que no usas bigote?

—¿Qué bigote? —preguntó impensadamente Claude.

El secretario acudió presuroso para evitar



Le iba indicando cuanto había en la habitación.

una indiscreción de la muchacha y le dijo al duque:

—Es que yo le recomendé que se afeitase. Creí que le parecería mal al señor duque verlo sin afeitarse.

—Pues ha hecho una tontería—respondió de mal humor el duque. Y dirigiéndose a la muchacha le preguntó:

—¿Quieres tomar el aperitivo?... ¿Qué clase de bebida prefieres?

—Yo algo que esté dulce — respondió Claude.

—¿Cómo dulce?— exclamó extrañado el duque —. Esas son bebidas de mujeres. Yo no quiero un nieto que se parezca a una señorita. Toma, bebe de esto, que está mejor.

Y la pobre Claude, quieras que no, tuvo que tomar un whisky y hacer esfuerzos sobrehumanos para que su abuelo no se diese cuenta de los apuros que pasaba.

Pero no paró en aquello los apuros de la muchacha, sino que tuvo que aceptar un cigarro puro de su abuelo y fumarlo ante él, sintiendo que a cada momento se le iba la cabeza. El abuelo, sin darse cuenta del mal rato que estaba pasando, le preguntó de nuevo:

—¿Sabes montar a caballo?

Claude en su vida había subido a mas gallos que a los del carrusel, pero no obstante, con un aplomo asombroso, respondió:

—Ya lo creo que sí; monto muy bien.

—Ya veremos si eso es verdad — lo dijo dudando su abuelo —. Pareces un muchacho delicado y es preciso que hagas músculos. Ya me ocuparé yo de eso; yo me encargo de hacer de ti un hombre fuerte, como todos tus antepasados.

Claude estaba viendo que las cosas no iban ya por un camino tan bueno como ella se lo había creído, mas no obstante guardó silen-

cio sobre su verdadero sexo y al día siguiente, a la hora que su abuelo le había indicado, bajó a las caballerizas del castillo, para dar aquel paseo a caballo que le había impuesto el duque. Los criados sacaron dos caballos de las cuadras y el abuelo le dijo:

—Te he reservado un caballo admirable. Ya verás qué gusto te dará de montarlo.

Claude miraba por todas partes al animal que le había destinado, pensando que no tardaría mucho sin que su cuerpo midiera el suelo. Pero como ella había decidido llegar hasta el final, montó al caballo y antes de que se diera cuenta el animal emprendió una veloz carrera, sin que la muchacha tuviera tiempo para otra cosa que para agarrarse a las crines del fogoso corcel y hacer esfuerzos inauditos para mantenerse sobre él.

Cuando el duque se dió cuenta de que su nieto había comprendido la marcha, creyendo que había sido Claude quien había hostigado al animal salió en su persecución, hasta que al final consiguió alcanzarlo, gracias a un vallado en el que se detuvo el caballo que montaba la muchacha. Claude estaba jadeante, como si hubiera sido ella la que había realizado la carrera y al ver llegar a su abuelo, trató de tranquilizarse y hasta consiguió sonreír. El viejo se acercó a ella y le preguntó satisfecho:

—¿Qué te ha parecido este caballo? Es her-

moso, ¿verdad? No tiene más defecto que es algo fogoso.

—Yo, le digo la verdad?—respondió Claude—, apenas si me he dado cuenta de ello. Cuando me iba a acercarle, ya estaba aquí.

Pasaron los días y Claude continuó manteniendo a su abuelo en la misma creencia de que era un muchacho, pero ya no era solamente al secretario a quien tenía de cómplice, sino que el mismo François había sabido la verdad y era uno de los que más animaban a la muchacha a proseguir la conquista del abuelo, hasta que llegase el día en que pudiera decirle la verdad de su sexo.

Pero los días pasaban y Claude iba dándose cuenta de que su abuelo nunca le perdonaría el ser mujer. Llegó incluso a desistir de su empeño y tuvo François que emplear todo su ingenio y toda su persuasión para hacer desistir a la muchacha de la idea de que se marchase.

Por otro lado el duque parecía una persona distinta; la alegría de la juventud de Claude se había comunicado a él de tal forma, que ya no regañaba tanto como antes, ni se enfadaba por cualquier cosa como solía suceder años atrás.

Todo marchaba perfectamente, hasta que un hecho extraordinario vino a alterar la vida del castillo. Una mañana se presentó un emisario de la princesa María anunciando que

su señora llegaría al castillo dentro de pocas horas. La noticia no dejaba de tener sus graves consecuencias para un hombre que como el duque estaba inbuido de tan graves prejuicios como eran los del protocolo. Ese ordenaba que no se podía recibir a una persona real, si ella era mujer, sin que estuviera presente otra mujer de la familia a quien visitaba.

El duque paseaba intranquilo de un lugar a otro del salón, mientras le decía a su secretario:

Es preciso encontrar a una mujer de la familia que haga el recibimiento a Su Alteza.

Mentalmente fue recordando todas las mujeres que podían desempeñar aquel cometido y la que estaba más cerca del castillo estaba quince kilómetros.

Entre el secretario y el duque se discutía aquel grave asunto, hasta que el duque, dirigiéndose a su nieto que estaba presente, le dijo:

—¿Y tú qué haces ahí?

—Espero a la princesa—respondió Claude.

—¿En esa forma?—le dijo su abuelo—. Vas a vestirte de etiqueta. ¿No comprendes que así no puedes recibirla?

La muchacha, que había oído toda la conversación de su abuelo y el secretario, creyó que había llegado el momento de recobrar

su verdadero sexo y se fué a su cuarto para vestirse con su ropa de mujer.

Media hora después entraba donde estaba su abuelo, que al verlo vestida de aquella forma se encaró con Claude diciéndola:

—¿Cómo te has vestido así?... ¿No ves que pareces una mujer de verdad?

—Me alegro de parecerlo—respondió sonriendo Claude—. De esa forma podré recibir a la princesa y te salvaré del compromiso en que estás. Después de todo se trata únicamente del tiempo que esté aquí la princesa. Cuando se haya ido volveremos a ser el que siempre he sido.

—¿Pero no comprendes que la princesa se dará cuenta del engaño?—preguntó el duque.

—No lo creas—le dijo Claude—. Ya verás como en las horas que esté aquí sabré comportarme como si fuera una mujer.

Y ante los ruegos de su nieta y la premura del tiempo, el duque acabó por aceptar lo que le había propuesto Claude.

TERCERA PARTE

Una hora después llegó la princesa, pero no llegó sola, sino que para complicar más todavía las cosas, llegó con su hijo, un joven de unos veinte años. Apuesto, simpático a carta cabal y el que desde el primer instante se fijó en la belleza de Claude.

El pobre duque al advertir la galantería con que el príncipe trataba a Claude, a duras penas podía contener su nerviosismo. No obstante, procuró dominarse y acompañó a la princesa a ver el castillo y sus alrededores. El duque iba explicándole todo cuanto había en el castillo y mientras que la princesa alababa las bellezas de las vistas que se contemplaban, el príncipe no se separaba de Claude.

Durante la cena, el príncipe siguió dando muestras de un gran interés por Claude y ésta por su parte coqueteaba con él de tal forma, que el pobre duque estaba sobre ascuas.

Y no fué eso lo peor, sino que la princesa a instancias de su hijo decidió quedarse unos días en el castillo, para gozar de cuanto en él había.

Aquella noche, al quedar solos abuelo y nieta, aquel le dijo:

—Hemos hecho una locura, el príncipe te ha tomado por una mujer.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—¿Cómo qué tiene de particular? ¿Te parece correcto el engaño en que le tenemos? Se porta contigo como si fueras una muchacha.

—Lo peor sería que se portase como si yo fuera un muchacho — respondió sonriendo Claude—. El príncipe es muy simpático.

—Será todo lo simpático que tú dices, pero si no hubiera sido por él la princesa se habría marchado hoy y yo estaría tranquilo.

Claude acarió a su abuelo y procuró tranquilizarlo diciéndole:

—No te apures, abuelito, ya verás como no pasa nada de lo que tú temes.

Se despidieron para descansar y al día siguiente estaba Claude en el jardín cuando se acercó a ella el príncipe diciéndole:

—Es usted muy madrugadora, señorita.

—No tiene nada de particular — respondió alegremente ella—. En el campo se suele ver muchos días salir el sol.

Los dos jóvenes mientras hablaban se pa-



La princesa alababa las bellezas...

seaban por los alrededores del castillo y así los vió el duque, que acompañado de la princesa salieron a una de las balaustradas del castillo y al ver a los dos muchachos ella le dijo sonriendo:

—¿Qué le parece esa pareja, duque?

—¿Cuál?—preguntó el viejo, sin comprender las intenciones de la princesa.

—¿Cuál ha de ser?—exclamó la princesa—.

Éfjese qué pareja más encantadora hacen su nieta y mi hijo.

El duque dió un salto como si le hubiese picado una avispa y se quedó mirando de tal forma a la princesa, que ella le preguntó sorprendida:

—No lo cree usted así?

—Desde luego, Alteza—respondió el duque.

Durante todo el día el pobre hombre no pudo apartar de su mente las palabras de la princesa y mucho más cuando aquella noche vió a los dos jóvenes sentados amorosamente lejos de ellos.

La princesa, como si siguiera un plan concebido de antemano, se llevó al duque y quedaron solos en el salón Claude y el príncipe.

Este invitó a la muchacha a sentarse junto a él en un sofá y le dijo:

Claude, antes de decirle algo muy importante, quisiera hacerla una pregunta.

La muchacha presintió lo que el príncipe iba a decirle y guardó silencio, hasta que de nuevo él le dijo:

—¿Qué pensaría usted de mí, si yo le dijera que desde el primer momento que la vi quedé fascinado por su belleza?

Ella, sin poder impedir un grito de su propio corazón, respondió sonriendo:

—Que eso mismo me ha pasado a mí.

—Entonces, ¿No tiene usted inconveniente en que la pida a su abuelo?

Claude por toda contestación se acercó más al príncipe y dejó que éste la estrechara amorosamente en sus brazos.

Algo parecido sucedía con la princesa y el duque. Esta mientras que paseaban le decía al viejo aristócrata:

—Duque, tenemos que hablar de algo que supongo que será de su agrado.

—¿De qué se trata, alteza?—preguntó el duque.

—De mi hijo y de su nieta.

El duque creyó que había adivinado que su nieta era un muchacho y estuvo a punto de pedirle perdón, pero la princesa se adelantó a él diciéndole:

—¿No sé si se habrá usted dado cuenta de que mi hijo siente una gran simpatía por ella. Es decir, mejor aun, siente un verdadero cariño y me ha suplicado que le ruegue a usted que le dé su mano.

—¡Imposible!—exclamó el duque, pensando que su nieta no era lo que creía la princesa. La princesa miró extrañada al duque y le preguntó:

—¿Qué inconveniente hay en ello?

—Ninguno—respondió el duque—, pero antes he de consultar con ella. Mi nieta suele tener un carácter algo violento y yo no me

atrevo a contrariarla... Su alteza sabrá perdonarme.

—Nada de particular hay en que le preguntemos. Vamos ahora mismo.

Y sin que el duque pudiera impedirlo, fueron en busca de los dos jóvenes. El viejo se hallaba algo más tranquilo, puesto que suponía que su nieto no iría a llevar la broma hasta el extremo de aceptar aquel matrimonio, pero su desesperación no tuvo límites cuando oyó decir a Claude que amaba al príncipe. No hubo medio de poderse evadir de una contestación definitiva y el pobre viejo salió poco después, para dejar a los dos enamorados solos.

Cuando al cabo de una hora volvió al salón, después de haber estado paseando por el jardín, se encontró con que su nieto se había dormido sobre el sofá, sin duda esperándolo a él. Se acercó lentamente y al ir a despertarlo se detuvo como poseído por un rápido presentimiento. Se inclinó sobre el pecho de Claude y advirtió que tenía los atributos propios de una mujer. ¿Habría él estado engañado hasta aquel instante? Para cerciorarse más fué a echar mano, pero Claude, al sentir que le tocaban en el pecho, dió un salto e instintivamente se llevó las manos a él.

Al ver a su abuelo comprendió que todo había quedado descubierto y le dijo:

—Perdóname, abuelo, pero yo tenía tanta



Dejó que la estrechase amorosamente.

necesidad de vivir a tu lado, que no podía avenirme a que me separaras de ti por la única razón de ser mujer.

—¿Sube esto el señor Gray?—preguntó el duque.

—Sí, el pobre no quería, pero yo le obligué.

—Pues verás lo que le voy a decir en cuanto la vea.

—No, abuelito—le suplicó cariñosamente ella—. Piensa que gracias a él yo podré ca-

sarme con el príncipe... ¿Qué mayor honra puede haber en la familia?

El abuelo ante aquellas palabras quedó desarmado y estrechando en sus brazos a Claude, exclamó:

—¿Qué importa que seas chico o chica? Lo esencial es que te quiero y que seré muy feliz teniendo en mi familia a un príncipe.

Y tiernamente abrazados, nieta y abuelo, por primera vez sin disimulos de ninguna clase, se sintieron más unidos que nunca.

FIN

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio
UNA ps.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

YA ESTÁ A LA VENTA EN
Ediciones Biblioteca Films

VAMPIRESAS

1933

Novela de carácter frívolo y sugestivo, cuya trama deliciosa cautiva y subyuga, del célebre animador **MERVIN LE ROY**, creador de «**SOY UN PUGTIYO**», por una constelación de artistas a cual más célebre. 300 500 200

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Warren William

y

Jean Blondell

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALFA" Ap. Correos 707
BARCELONA

Cuentos de Colores



Colectión amena y sugestiva

Precio del tomo: 30 cts.

CUENTOS VERDES

(No apta para señoritas)

CUENTOS BLANCOS

CUENTOS LILAS

CUENTOS AMARILLOS

CUENTOS COLORADOS

(No apta para señoritas)

CUENTOS MORADOS

CHISTES Y ANÉCDOTAS
DE TOREROS

CHISTES DEL TENORIO

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Se envían números sueltos y colecciones, completas, previo
pago del importe en sellos de correo. Remiten cinco céntimos
para el certificado. Franco de envío.

BIBLIOTECA UTIL

YA ESTÁ A LA VENTA

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotoras (Fanny)

del

Instituto de Belleza de París

UNA peseta tomo

MASAJE - HIGIENE
BAÑOS - DEPIACIÓN
MANICURA - APETITES
TINTES

Señorita !!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil
tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado
antes de que se agote.

Contiene más de **200 fórmulas**
de platos sencillos y escogidos.

PONCHES - COCTELES
POSTRES - HELADOS, etc.

recopilación de

Precio popular

UNA peseta

Donisio Fernández Vidales

"chef" del Majestic Hotel

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Envíenos números sueltos y colecciones completas, previo
pago del importe en billetes de correo. Resaltan elase continúan
para el certificado. Premios gratis